

EDITORIAL

Vuelve la política

Cuando va a desaparecer del currículum de la enseñanza obligatoria la Educación para la ciudadanía, gracias a la visión de futuro del ministro Wert, todo a nuestro alrededor clama por un retorno de la política protagonizado por la ciudadanía. Las elecciones europeas, con el fracaso, en España, de los partidos tradicionales; con el surgimiento de nuevas formas de hacer política representadas en España por Podemos o con el relativo triunfo en muchos países de opciones de extrema derecha antieuropeas y muy cercanas a los fascismos son algunas de las evidencias de la necesidad de un rearme político de la ciudadanía.

El poder no es patrimonio de unos pocos, por más representación legal que tengan, ni puede estar solo en sus manos para hacer y deshacer sin rendir cuentas continuamente a la ciudadanía. Hay que mentalizar a la ciudadanía de la necesidad de acabar con la patrimonialización del poder en manos de determinadas familias o sagas, de las burocracias de los partidos o de los profesionales de la política. Hay que volver a reclamar que la política pertenece a los ciudadanos y a las ciudadanas de la *polis*.

Las elecciones siguen siendo un instrumento válido para la participación pero no pueden ni deben ser el único en un mundo en el que las cosas evolucionan tan rápidamente que aquello que se prometió hace un año, un año después ya es viejo. Hoy tiene poco sentido que los políticos se limiten a rendir cuentas de su gestión cada cuatro años. En la sociedad de la información y de la comunicación es posible, deseable y necesario que estos procesos de rendición de cuentas se hagan con mucha más periodicidad y que sus resultados tengan consecuencias inmediatas sin necesidad de esperar al próximo período electoral.

Reivindicar la vuelta a la política es un deber de la ciudadanía, y es una obligación de la institución escolar —desde la escuela maternal hasta la universidad— hacerla efectiva como objeto de aprendizaje fundamental para la convivencia democrática. Estamos lejos de haber llevado a la práctica todos y cada uno de los preceptos que figuran en declaraciones universales tan importantes como la Declaración de los Derechos Humanos; o en las Constituciones y en la legislación que rigen los destinos de los ciudadanos y ciudadanas de cualquier país. Derechos fundamentales como el derecho a la vida, a una vivienda digna, a una escuela de calidad o a la salud no siempre se cumplen ni se siguen los criterios que se tuvieron en cuenta para alcanzarlas.

Hay que recuperar la radicalidad democrática y el derecho a la participación más allá de las contiendas electorales. Hay que recuperar la utopía para enseñar a las nuevas generaciones que el futuro no está escrito, a pesar de las múltiples evidencias que nos pueden ayudar a imaginar por dónde a algunos poderes les interesaría que transcurriera. Hay que pensar nuevas formas organizativas y reivindicativas sin contar con que su sola aparición va a cambiar el mundo.

Son muchas las razones que deberían llevarnos a quienes nos ocupamos de la didáctica de las ciencias sociales y de sus disciplinas a repensar las finalidades y los propósitos de su enseñanza en la escuela obligatoria. La primera tiene relación con un hecho tan elemental como que los hombres y mujeres, los grupos y los colectivos humanos, somos los protagonistas de los contenidos que estudiamos en geografía, historia, historia del arte o cualquiera de las otras disciplinas que enseñamos.

La finalidad de la escuela obligatoria no es enseñar a los alumnos y alumnas a ser matemáticos, físicas, historiadoras o biólogas, etc., ni siquiera en su dimensión de «pequeño biólogo o pequeña geógrafa». La finalidad es enseñarles a ser ciudadanos y ciudadanas de una democracia en la que deberán usar los conceptos, las teorías, los procedimientos y los valores aprendidos en la enseñanza de las ciencias sociales para ser miembros activos en la construcción del futuro por el que opten colectivamente. Y hacerlo a través de aquellos problemas, de aquellas situaciones reales que nos permitan recurrir a la geografía, a la historia, a la política o a la sociología para aprender a analizar y a interpretar por qué el mundo es cómo es, cómo se ha llegado a esta situación y qué se puede hacer para cambiar el sentido de las cosas. Una buena selección de casos, de ejemplos históricos, geográficos, políticos, jurídicos o económicos relevantes, podrían permitir a los jóvenes estudiantes desarrollar una conciencia política que les llevará a valorar la democracia como el mejor sistema político y social para la convivencia entre las personas de un mismo país y para la convivencia mundial. Que les hiciera comprender que el protagonismo es de todos y cada uno de los seres humanos. Que la participación de todos y cada uno de los hombres y mujeres es fundamental. Y que les orientara en la toma de decisiones para construir un mundo mejor y evitar todos aquellos problemas que en los últimos tiempos han marcado la vida política de muchos lugares: la corrupción, la instrumentalización de las instituciones en beneficio de algunos políticos o de algunos partidos, la creación de conflictos innecesarios, el recorte de las libertades públicas, la manipulación de los medios de información, en particular de los públicos, la confusión entre vida pública y vida personal y un largo etcétera que los ciudadanos y las ciudadanas formadas políticamente deberían poder evitar y combatir.

No tenemos ninguna duda de que la presencia en la enseñanza obligatoria de una buena educación para la ciudadanía favorecería el desarrollo de la conciencia política democrática. Tampoco cabe duda de que, si esta asignatura desaparece, se debería poder hacer perfectamente desde la enseñanza de las ciencias sociales, la geografía y la historia, la economía, el derecho, la sociología, la antropología o la política, elementos básicos de los programas de estudios sociales.

En definitiva, creemos que es hora de volver a la política desde la escuela y desde el instituto, desde la universidad y, en particular, desde la formación del profesorado, pero también, sin duda, desde la calle y desde la plaza, desde las redes y los foros públicos, desde todos aquellos espacios que hagan que la democracia nos permita recuperar la esperanza en el futuro y un futuro en manos de toda la ciudadanía. El *Informe sobre el desarrollo humano. La profundización de la democracia en un mundo fragmentado* publicado en 2002 por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) afirmaba: «La política es importante para el desarrollo humano porque, en todas partes, la gente quiere ser libre de determinar su futuro, expresar sus opiniones y participar en las decisiones que afectan a sus vidas. Estas capacidades son tan importantes para el desarrollo humano —para ampliar la gama de opciones de la gente— como ser capaz de gozar de buena salud». Por esto y para esto conviene volver a la política, y devolver el poder político a la ciudadanía para que lo gestione democráticamente para el bien común de todos los hombres y mujeres.